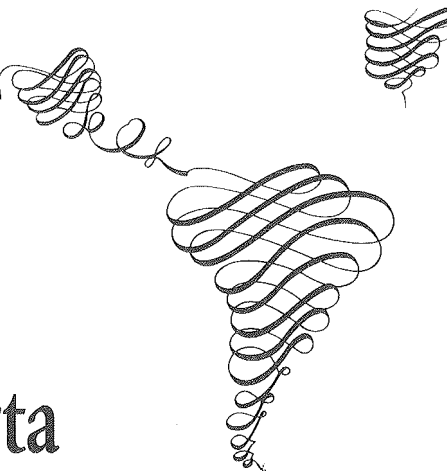




La vida como oferta y desmesura, como insinuación y enigma

(Meditación sobre la naturaleza)

La naturaleza no requiere sólo que el hombre la trate bien. Reclama además su atención como sugerencia inagotable de *formas de vida* que él haría bien en percibir, admirar detenidamente y aun imitar, si quiere aliviar su propia crisis de sentido. Sobre algunas de ellas reflexiona el autor, sin rehuir su propia experiencia personal.

Luis M. Armendáriz *

A través del tema, ya tópico, de la crisis ecológica, la *naturaleza* está concentrando la atención de nuestros contemporáneos y, de manera más reflexiva, la de científicos, pensadores

* Profesor de Teología. Universidad de Deusto-Bilbao.

y teólogos. Pero lo hace principalmente en cuanto naturaleza *amenazada* que reclama la preocupación y los cuidados del hombre. ¿Es ése el único modo posible y urgente de mirarla y hablar de ella hoy? ¿es sólo ella la amenazada o también el hombre lo es, y no sólo por razones ecológicas sino por sus propias crisis históricas? Si así fuera, y pocos lo negarán aunque difieran en la valoración del hecho y en sus posibles remedios, ¿no podría la naturaleza contribuir a que el hombre afronte mejor su propio trance crítico y recupere el aliento, el sentido del vivir que empezaría a echar de menos? ¿no sería ese el mejor modo de devolverle el favor que él le hace a ella cuando ecológicamente la cuida y salva? (1). Pienso que sí; que la naturaleza puede venir en ayuda del hombre brindándole formas consistentes y pujantes de vida que le tienten a creer o a volver a creer en la valía y el gusto de ser.

Quisiera abordar el tema, al menos de entrada y en su mayor parte, con una perspectiva no expresamente cristiana. No es que pueda, ni quiera, renunciar a mi condición de creyente (2), y eso se echará de ver. Pero metodológicamente prefiero *asomarme a la naturaleza* (si es que vale este símil, como si yo mismo no fuera parte de ella y ella no estuviese también en mis ojos) con una mirada simplemente humana que puedan hacer suya incluso esos contemporáneos que no comparten mi fe. Tal vez me acompañen en esa parte de mi exposición. Luego brindaré una reflexión creyente, una relectura cristiana de eso mismo que como hombre he creído percibir en el cosmos.

Romper a hablar sin respaldar mis palabras con dos mil años de *cosmovisión* cristiana, les resta peso, pero les permite mayor espontaneidad e incluso una dosis de *impudor* cuando llegue el momento de contar *mis* experiencias con la naturaleza.

¿Por qué opino que ésta, que por un lado nos necesita a nosotros para vivir, nos puede a su vez ayudar a nosotros a revivir, y no sólo a niveles biológicos, lo cual es patente, sino personales y de sentido?

(1) A ese mismo nivel de preocupación ecológica ha empezado ya la naturaleza a devolverle el favor al hombre. Primero porque sólo protegiéndola a ella podrá él mismo sobrevivir. Segundo porque prestandole atención se libera de una falsa comprensión de sí mismo, la que le llevaba a creerse dueño absoluto del mundo. Muchos ven en ese despotismo mental (del que el práctico es sólo la consecuencia) la causa más decisiva del desastre que amenaza al planeta.

(2) Como tal me acerqué recientemente a la naturaleza en el estudio *El hombre, imagen de Dios, en el contexto de la crisis ecológica*. Est. Eccles. 67 (1992) 283-308. Aquí tanto el punto de mira como el objeto de mi atención son en gran parte distintos.

Hubo un momento —suele decirse que es el de la Ilustración— en el que el hombre, que venía emergiendo hacía milenios de la naturaleza, se desgajó de ella a ciencia y conciencia. No se miró a sí mismo como parte de ella, sino en sí y desde sí («Cogito, ergo sum»). A ella, en cambio, la consideró como cosa *suya*, la vio desde él y para él. El cosmocentrismo giró en antropocentrismo. La categoría primordial, a la hora de pensar el ser, no fue ya la sustancia, sino el sujeto. Y por vida se entendió, por antonomasia, la que vibra en la mente y el corazón humanos.

Pero al condensarse en conciencia y libertad la vida se hizo inestable, problemática, como el hombre mismo, de quien el Vaticano II dice que es una pregunta irresuelta (3). Al quedar subsumida la naturaleza en historia pasó por todas las incertidumbres y angustias de ésta. Reciente y casi simultáneamente han aparecido tres libros de título significativo: «El cansancio de Occidente» (4), «El fin de las ilusiones» (5) y «La ilusión del fin» (6). «Lo peor de todo no es, se dice en este último, que la historia haya concluido, sino que sigue desarrollándose en forma cansina y fastidiosa tras su defunción. La ilusión sería que terminase» (7).

No es necesario suscribir diagnóstico tan catastrofista sobre nuestra sociedad, ni yo lo hago ni me baso en él para lo que diré. Sólo lo cito para señalar lo amenazada que está la vida cuando el hombre sólo la ve en sí y en la historia, reducida a sentimientos y palabras humanas. Y por eso creo que salir de nosotros y volvernos a la naturaleza puede aportarnos un soplo de aire puro, una inyección de ganas de vivir.

Esta vuelta a la naturaleza no es tan fácil como podría parecer, porque no somos ya aquellos hombres premodernos que no habían renunciado aún a la tutela de la naturaleza y no sufrían tan a solas sus crisis humanas. Y tampoco podemos, ni queremos, abdicar de la modernidad y darla por no pasada. Por eso nuestra mirada al cosmos sólo podrá tener una *segunda ingenuidad*. Ni como pensantes del mundo ni como sus constructores podemos ya renunciar a hacernos cargo de él, a «pastorear el ser», que diríamos contextualizando la fórmula de Heidegger.

Pero si no podemos ser despóticos al intervenir en la naturaleza,

(3) «Quaestio insoluta, suboscure percepta» GS 21.

(4) R. Argullol-E. Trias. Ed. Destino, Barcelona, 1992.

(5) T. Breton: *La fin des illusions*. Ed. Plon, París, 1992.

(6) J. Baudrillard: *L'illusion de la fin*. Ed. Galilée, París, 1992 (trad. esp. en Ed. Anagrama).

(7) Tomo la cita del comentario que a los tres títulos publicó V. Verdú en *El País*, el 2-I-1993.

como ha quedado patente en la crisis ecológica, tampoco podemos sentirnos tan superiores a ella al pensarla, que nos neguemos a admitir que pueda enseñarnos formas de vida que nos enriquezcan y liberen. Propongo, por ello, una visión *postmoderna* de la naturaleza, no en el sentido débil del término, sino en el cronológico-cultural de quien la mira con ojos habituados al giro copernicano del objeto al sujeto, con el que nació la modernidad, pero que intentan, liberándose de las ínfulas desmedidas de ésta, volver a considerarla no sólo para nosotros y en nosotros, sino en aquella especificidad que retiene en el momento mismo en que nos hacemos con ella y le permite sorprendernos y sacarnos de nosotros impidiendo así que la subjetividad se torne en subjetivismo. Y no será fácil, repito, este modo nuevo de ver. Pero vale la pena hacer la prueba.

Pues bien, para mí la naturaleza o, mejor, la vida que en ella percibo, se presenta como *oferta*, como *desmesura*, como *insinuación* y como *enigma*. Quiero precisar lo que entiendo por estas cuatro palabras.

La vida como oferta

A muchos contemporáneos nuestros la civilización, y en particular el urbanismo moderno, les está vedando el acceso a la naturaleza, bloqueándolo con sus construcciones. Les está robando incluso el *horizonte* con esas masas ingentes de cemento, hierro y cristal. Llevamos ya algún tiempo protestando por este robo, pero sigue en aumento. Además de ese bloqueo de la línea horizontal, a muchos hombres de finales del siglo XX las «luces de la ciudad» les impiden ver las estrellas. Y fue Kant quien, en la conclusión de la «Crítica de la razón práctica» escribió: «Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellas la reflexión: *«el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí»* (8). El primero de esos estremecimientos se les está negando hoy a muchos hombres.

Cuando fui a Suiza la primera vez, como capellán de una residencia, un niño de París que estaba con nosotros, le escribió a su padre que había visto caballos con cuernos. No sólo las estrellas, incluso las vacas le ha-

(8) Traducción de M. García Morente, Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1951, p. 150.

bían sido escamoteadas hasta entonces. Con esta anécdota estoy diciendo dos cosas: lo desheredados de naturaleza que muchos pueden ser hoy... y lo privilegiados que, en comparación con ellos, resultan no sólo quienes viajan a Suiza, sino todos aquellos que pueden perderse por veredas de bosque, extender la vista por llanuras sin fin o mares sin orillas o contemplar sencillamente ese patrimonio de todo hombre, que es, o debería ser, una puesta de sol.

Ahí está la naturaleza. ¿Por qué no detenerse a mirarla, a verla *en sí misma*, antes de pensar que es nuestra? Antes de apropiárnosla de una de las numerosas y sutiles maneras que tenemos de hacerlo (el orgullo de que nos pertenezca, la caminata que la mereció, la máquina de fotos o el video con los que nos apoderamos de ella...), dejémosla *ser ella y estar ahí*. Incluso antes de admirar lo hermosa que es pensemos simplemente en que *es*, en que *existe*. Y no como producto de nuestro ingenio, nuestra técnica o nuestro deseo. Estaba ahí antes de que nosotros viniésemos a ella. Si hace sólo uno o dos millones de años que el hombre apareció en la tierra, ésta y nuestro sistema solar llevaban ya cinco mil millones de años esperándonos. Y quince mil millones el cosmos, ese torbellino de galaxias al que accedemos con sólo alzar los ojos al cielo en la noche estrellada.

Estaba ya ahí. Como una *oferta*. Despojándonos de nuestra mentalidad de inventores, planificadores, empecemos por mirar y admirar. Sólo con una actitud así, que es la que se corresponde con la verdad de las cosas; sólo con una actitud desprendida, des-interesada, libre de posesividad, caeremos en la cuenta de que el mundo es una oferta. Más aún: recuperaremos la capacidad perdida de un estupor primordial, el que corresponde al milagro por excelencia: al hecho de que exista. Revivirá en nosotros el gesto filosófico capital: *El pasmo porque haya ser y no nada*.

Un día subí a los Alpes. A aquel primer verano en Suiza le siguieron otros veinticinco de ayudante del párroco en un rincón privilegiado, literalmente estrangulado por cuatro gigantes de 4.500 metros: el Cervino, el Monte Rosa, el Weisshorn y el Dom. Desde el pueblo mismo no acababan de verse sus cumbres, ocultas tras los primeros contrafuertes. Había que merecerlas (?) y, para ello, esforzarse y subir. Pero ya a las dos horas estaban aquellos cuatro puntos cardinales de hielo y roca recortando el horizonte. Sobre todo, aquel día, uno de los más claros y transparentes que cabe imaginar. Me senté, grité de admiración y eché mano a mi mochila para extraer de ella la cámara fotográfica. ¡Torpe de mí! La ha-

bía olvidado en casa. Empecé a enfadarme conmigo. Ya no podría ni guardarme aquello para siempre ni presumir ante otros. Y estaba a punto de enfadarme con todo, incluso con el paisaje, cuando desperté a la verdad: ¿por qué querer retenerlo, guardarlo para mí, y no dejarlo estar allí, ser como era, para gloria del Creador que lo hizo y para pasmo de los hombres que pudieran contemplarlo? Fue como una conversión. Yo dejaba de ser posesivo, adquiría unos ojos limpios y nuevos y el mundo se me mostraba realmente como era, en todo su esplendor. Había aprendido años antes (y no sin debate interior) que no hacía falta conquistar una cima para admirarla. ¿Se me creará si digo que acabé, tras una larga lucha, alegrándome de haber olvidado la cámara?

Existe una palabra alemana que, desentrañada, desvela un significado profundo. Es la palabra «Gelassenheit». Se traduce por *serenidad*. Pero lo interesante es que dentro de ella anida el verbo «lassen», que significa dejar. El hombre logra la serenidad si deja que las cosas sean, si permite que el ser en su totalidad sea lo que es, sin pretender encerrarlo en su pequeño vaso, con riesgo de que se anegue en él.

Sólo esa relación delicada con la naturaleza, muy parecida a la relación de amor, que también ha de permitirle a la persona amada ser lo que es, capacita a la vez para el propio sosiego y para la percepción del mundo *como oferta*. Se requiere amor y se requiere *tiempo*. ¿Se lo dedicamos hoy, o la prisa, además de la posesividad, nos acosa y no nos deja ver? Llegamos, tiramos cuatro fotos y nos vamos.

Nuestra capacidad de mirar y admirar es uno de los mejores comprobantes de nuestra riqueza interior. Digo interior porque he encontrado en los montes gentes de atuendo modesto pero capaces de quedar hechizadas por la naturaleza, en profunda comunión con ella, ricas de alma y de mundo.

En el cosmos la vida aparece como *oferta*. Y no sólo porque *está ahí*, sino porque realmente se desvela y se brinda; no se guarda para sí. Al pasmo porque exista y se nos dé, se suma así el que produce la variedad y riqueza de esa oferta, la multiplicidad de tamaños y formas, ese arco iris de luces, sonidos, aromas... en que se descompone. ¿No es contagiosa de vida y sentido esa oferta? Su contemplación, al sacar al hombre de sí ¿no le arranca también en parte de sus dudas e inseguridades? ¿no le libera de su prisa, de su ambición? ¿no le hace sentirse invitado a ofertarse él también? Y con todo ello ¿no toman cuerpo formas de vida que en la historia de los hombres parecían condenadas al descrédito, si no a la extinción?

La vida como desmesura

EN cuanto los ojos se han corrido por la indecible variedad del cosmos, por esa oferta que en realidad es una infinitud de ofertas, el pasmo por la existencia del ser se ahonda en pasmo por su *desmesura*.

Bastaría una bellota para que brotara una encina, pero ésta las produce a millares, *espléndidamente inútiles*. Una flor de almendro sería suficiente para que creciera un árbol, pero éste es un copo gigante de miles de ofertas superfluas, como si en realidad no pretendiese sólo asegurar la continuidad de la especie, sino deleitar la vista de un posible observador, de alguien a quien se estuviera brindando. A nuestro planeta le bastaría quizás con la existencia del sol, pero éste es sólo uno de los mil millones de estrellas que configuran nuestra galaxia, la Vía Láctea, y ésta a su vez sólo una de los cien millones de galaxias que pueblan el cosmos y que desde el estallido inicial, del que éste nació, se alejan unas de otras a velocidades inimaginables. La nuestra por ejemplo se desplaza a 650 km por segundo. Y esa otra que se puede observar a simple vista, la de Andrómeda, se halla a 750.000 años luz de nosotros. ¿No enmudece de asombro el que traza mentalmente el recorrido intergaláctico de ese rayo de luz que esta noche llegará a nuestros ojos? Los telescopios captan incluso latidos de luz emanados hace 6.000 millones de años de galaxias más lejanas. Y alguno de los misteriosos quásares aún se pierde más allá, a 10.000 millones de años luz, «casi» en los bordes del universo.

El cosmos es vida en forma descomunal, desmesurada, es una oferta manirrota. Decía Chesterton que una sola hoja de un árbol merecería nuestro interés y admiración. No se la prestamos; preferimos generalizar y ver sólo el árbol. Pero hay tantos, que seguimos simplificando y sólo nos fijamos en el bosque. Ni aún así podemos acallar la desmesura. Hacen falta cinco horas en jet para sobrevolar la selva amazónica. Y ¿cuántas el desierto del Sahara, cada uno de cuyos granitos de arena tiene una historia milenaria y un noble pasado? No podemos escapar al desbordamiento de la naturaleza, al pasmo por lo desmedidamente grande y lo desmedidamente pequeño. Por las ventanas del comedor de la universidad católica de Río de Janeiro se nos colaba la espalda enorme y morena del «Pan de azúcar» y un aleteo de flores minúsculas y multicolores: los colibríes, que entraban a libar de unos vasitos que colgaban sobre nuestras cabezas. ¡Qué orgía de desayuno!

Pero el colibrí es un gigante en comparación con los insectos, los virus, los átomos y las partículas elementales que los constituyen... Estas por un extremo y las galaxias por otro trazarían de momento los bordes de la desmesura. Antes indiqué que los premodernos, que aún no habían roto amarras con la naturaleza, gozaban de un acceso más natural a ella. Pero nosotros vemos algo que ellos ni imaginaron: esa ilimitación en las tres dimensiones del cosmos. En el cántico de Daniel el creyente le dice al mundo que alabe a Dios. «Sol y luna bendecid al Señor, astros del cielo bendecid al Señor». Cuando un hombre moderno lo repite (yo al menos) no piensa ya en aquellos broches de luz clavados en el firmamento sólido, que imagina el profeta, sino en que alguno de ellos, por ejemplo Betelgeuze, es tan inmenso que dentro de él podría girar la tierra alrededor del sol. Y no dice sólo astros; dice: «galaxias, torbellinos de estrellas, nubes gigantes de gas y polvo interestelar, que os dilatáis por el espacio y lo vais creando, ¡ibendecid al Señor!». E invita a la alabanza incluso a los «agujeros negros», a esos huecos que, al escapar del espacio-tiempo y sus leyes, dejó el cadáver de una estrella gigante en la que la fuerza de la gravedad fue tal que engulló la luz, y la materia se autoaniquiló a sí misma constituyendo una admirable «singularidad», una sorpresa dentro de la gran sorpresa que todo el cosmos es. Quizás la mayor parte del universo conste de materia oscura que no es ésta de la que está hecha nuestro sistema solar y nuestra galaxia. A la ufanía desmesurada del hombre moderno por sus logros, le responde esa otra desmesura de la naturaleza, que él no crea, sino descubre.

Tampoco el hombre antiguo pudo ver a través del microscopio el milagro de la vida que se desarrolla a niveles indeciblemente pequeños y en formas admirables, y que la televisión pone ante nuestros ojos en algunos reportajes estupendos.

E incluso a escala humana ¿quién de los antiguos pudo ver ese mundo submarino, esa espléndida redundancia de formas increíbles de vida que hoy nos descubren las cámaras que bajan a sondearlo? Pero lo que tal vez menos imaginaron fue la desmesura de la cuarta dimensión, la del tiempo. El día de Navidad nos leían hasta hace poco en nuestros refectorios: «El año cinco mil ciento noventa y nueve de la creación del mundo..., Jesucristo, eterno Dios e Hijo del eterno Padre, nace en Belén de Judá». Compárese esa afirmación con la que nos hizo el premio Nobel sir Anthony Hewish en Deusto con motivo del centenario de la Universidad

(9). Habían de transcurrir 15.000 millones de años para que apareciese sobre la tierra el que fray Luis de León llamó su pimpollo: Jesús de Nazareth. A la admiración de los antiguos por el aparente orden estático del cosmos, en el que se creía ver un espejo de la eternidad, se añade hoy el sobrecogimiento por lo que en realidad es ese cielo: un universo en expansión, escenario de turbulencias inmensas en el que los astros nacen, crecen y mueren con estallidos inimaginables (el brillo de la explosión de una supernova es comparable al de cien millones de estrellas). Y otro pasmo que los antiguos no compartieron: el que produce la evolución, ese proceso de la vida hacia formas cada vez más complejas e inverosímiles.

Lo más bello de una oferta es su desmesura. «Estás loco», exclamamos cuando alguien, al regalarnos algo, «se pasa», como decimos hoy. «Aquí Dios se pasó un pelín», me dijo un amigo cuando le mostré desde el Gornergrat los glaciares del Monte Rosa. La naturaleza «se pasa» en su oferta de vida. ¿A qué nos invita?, ¿de qué cerrazones y encogimientos no nos podría acusar y curar?, ¿a qué posibilidades de vida humana desmedida, a qué gramos de locura, a qué formas de gratuidad no podría despertarnos? Porque a nivel humano la desmesura, el desbordamiento, tiene un nombre: gratuidad.

La vida como insinuación

BIEN mirada, humilde, detenida, amorosamente mirada, la naturaleza no sólo dice lo que dice. Es mucho más lo que sugiere. Empiezo a hablar de realidades impalpables, a hacer afirmaciones que no podré verificar. Y cuento con que se esté de acuerdo

(9) «Actualmente nuestra localización en el universo difiere mucho de la de hace diez mil millones de años. Entonces los quásares eran mucho más numerosos de lo que son hoy. Esto nos indica que el Universo está evolucionando; que tiene una historia vital que requiere un «Big Bang» de algún tipo hace unos quince mil millones de años... A una millonésima de segundo después de la propia Creación la temperatura sería de diez elevado a dieciséis grados Kelvin y el Universo estaría entonces tan caliente que sólo los quarks, las partículas que componen los protones y neutrones, podrían sobrevivir... Después de un millón de años tenemos un sistema lo suficientemente frío como para que los átomos puedan existir». Serie Centenario I, *Los grandes avances del conocimiento*, Universidad de Deusto, 1988, 20-21.

conmigo en que lo más grande e importante es precisamente aquello que no se puede demostrar ni siquiera ver, que tan sólo se puede vislumbrar. Pero no faltará quien niegue lo que afirmo. Si hubo quien dijo —y era un hombre grande— que la música es el menos insoportable de los ruidos, también habrá quien asegure que un bosque no es más que una potencial explotación maderera, y quien en una flor sólo descubra indicios de una nueva especie. Pero ¿no hay en todo ello algo más? ¿Será un soñador, un iluso, el que sienta que ante esas realidades pierde el aliento por ese «no sé qué que quedan balbuciendo»? (10).

¿No puede quedar uno sin palabra horas y horas ante el mar, ante el llamear del fuego, ante el canto de un pájaro? (11) ¿no puede uno desfallecer ante una serie de cadenas azules de montañas, ante una puesta de sol, ante ese «degüello de soles», que dice la canción y que incendia y funde el cielo y la tierra? La víspera de subir al Monte Rosa el guarda del refugio estimó que por ser yo sacerdote y haber celebrado la misa para los montañeros, debía ocupar a solas el cuarto de los guías, que estaba vacío. ¿Se me tendrá por loco si digo que, olvidándome de la fatiga del día siguiente (casi dos mil metros de desnivel por el glaciar) me pasé media noche pegado a las dos ventanas viendo como la luna bruñía aquel paisaje de hielo azul que me rodeaba y que me sacaba de mi época y me trasladaba a alguna glaciación miles de años atrás?

Se trata en resumidas cuentas de aceptar o no *en bloque* el lenguaje poético como lenguaje de verdad. ¿O es que sólo vale como tal el analítico-racional? Ni Wittgenstein estaría de acuerdo con esto. Ahora bien, si el lenguaje poético, si la razón estética transmite sentido y verdad ¿qué es lo que dice? Que, en el universo, todo tiene que ver con todo porque metafóricamente se pueden emparentar. Que en cada punto del cosmos se da cita todo él. Y, sobre todo, que la realidad no está compuesta sólo de cosas sino también de símbolos, de referencias a algo ulterior que asoma, sin agotarse, en ellas, algo que se da y se retrae al mismo tiempo. Sólo eso

(10) San Juan de la Cruz: *Cántico Espiritual*, canc. 7. En un lenguaje menos sublime, pero no menos expresivo, los descendientes de aquellos entre quienes vivió el santo poeta ponderan algo al máximo diciendo: «es tan bueno que no se puede aguantar».

(11) Si la leyenda de San Virila (el monje que dudaba de que la contemplación de Dios pudiese colmar la eternidad y quedó embelesado más de cien años con el canto de un pájaro) ha prendido en la imaginación popular es porque resulta verosímil que la naturaleza pueda provocar raptos semejantes.

explica que se nos acaben las palabras sin que terminemos de decir lo que presentimos, y que nuestro anhelo y entusiasmo no guarden muchas veces proporción con lo que constatamos. ¿No será porque en cada cosa bella amanece la belleza misma? Así es: en lo finito barruntamos infinitud. Nos dirán incluso los grandes pensadores que lo infinito es aquello que intuimos ante todo cuando alcanzamos lo finito. Por eso lo vemos así, finito, limitado, porque lo vemos desde más allá del límite. Y por eso éste nos extraña y duele.

A través de cada finitud captamos infinitud. Para llegar a ésta no necesitamos acumular objetos y experiencias. De ese modo no llegaríamos nunca porque la suma sería siempre finita. De pronto y en cada realidad, en algunas sobre todo, la infinitud nos sale al paso y nos *sobrecoige*. Es esta una palabra sugerente. Sobre-coger a uno es arrebatarse por arriba, apoderarse de él. Y lo mismo se diga de la palabra trascender o desbordar. Es ir más allá de lo que tenemos ante los ojos, asomarse desde su borde a algo ulterior. ¡Qué poblada está la naturaleza de insinuaciones de trascenderla! ¿No sería éste su valor supremo?, ¿no se convierte así en una oferta *ilimitada*, y no sólo desmedida, en una oferta literalmente *infinita*?

En este sentido el regalo del cosmos al hombre no admite grados ni diferencias entre antiguos y modernos. En este punto todas las épocas son igualmente menesterosas de mundo e igualmente capaces de percibir aquel «no sé qué que queda balbuciendo». Cuando celebré misa en Chamonix al grupo que me había acompañado al Mont Blanc convinimos en que había que dar gracias a Dios por tres cosas: por lo que habíamos tenido ante los ojos, por los ojos mismos que nos habían permitido verlo y por aquello que se traslucía a través de todo, y no era otra cosa que el Creador filtrándose en su creación.

Hoy el hombre postmoderno se ha puesto a dudar de la infinitud. Esta le repele como un atentado al límite que tanto cultiva. Ya no se atreve a *crear*. Se afana más bien por *desmitificar*. Pues bien, todas esas formas no puramente funcionales y prácticas, sino admirables y espléndidas con que se engalana la vida en el cosmos y que, como antes dije, parecen más hechas para la admiración que para la eficacia ¿no podrían devolverle la creencia y el gusto de lo inconmensurable, lo ilimitado, que se anuncia en lo que nos rodea? La trascendencia a que le invita la naturaleza ¿no le podría salvar de su in-trascendencia?

La vida como enigma

ESA página abierta y transparente no lo es del todo. Contiene enigmas, y no sólo el de la infinitud. Y los contiene en todos los niveles o formas de vida que hemos ido observando.

No me refiero sólo a la serie de cuestiones que el cosmos plantea y que los científicos no acaban de despejar. Algunas de ellas las enumeraba recientemente en la prensa un físico teórico: «La constante cosmológica, la materia oscura del universo, el origen de la masa de las partículas, la estructura unificada de las diversas fuerzas» (11a). No me refiero sólo a esos problemas. El mismo autor añadía: «No creo que, por mucho que progreseos científicamente, lleguemos a encontrar en el universo una razón de ser, aunque lleguemos a conocer cómo es». A esa enigmática *razón de ser* me refiero ante todo. A aquel pasmo fundamental porque las cosas sean le acompaña como su sombra la pregunta: Y *èpor qué hay ser y no nada?* Dicen que esta cuestión, formulada inicialmente por Leibnitz, es la más radical, la última que el espíritu humano se puede plantear. Toda respuesta parece suponer eso mismo que está en juego, que haya algo. La *oferta* básica se convierte así en enigma primordial.

También la *desmesura* tiene su enigma. Porque no sólo el bien es desmesurado. Lo son igualmente las catástrofes naturales que se cobran miles de vidas, las inundaciones y pedriscos que arrasan cosechas prometedoras, por no hablar de los cataclismos estelares y de las pugnas entre materia y antimateria, entre unas formas de vida y otras, entre células normales y células salvajes. Parecería de pronto como si todo lo que nos admiraba en el cosmos se volviese contra nosotros y la vida fuese una oferta amenazada, en guerra civil consigo misma. Decían los clásicos: «Sunt lacrimae rerum», hay llanto en las cosas. ¿Sólo porque la melancolía que misteriosamente inhabita el corazón del hombre se les contagia, o porque ellas mismas llevan en sí la violencia, la corrupción y, últimamente, la muerte? Si todo vuelve a la nada ¿no es *loca*, pero en un sentido muy distinto al de antes, no es absurda tanta desmesura?, ¿sigue expandiéndose el universo?, ¿hasta cuándo?, ¿no empezará a ralentizarse y congelarse?, ¿no estamos en camino hacia una gran contracción? (big crash). Y aunque de ella, como prevén algunos, naciese un nuevo estallido y una expansión nueva, esta sucesión de promesas y fracasos, este eterno retor-

(11a) A. Rújula, en *El País*, 28-IV-93.

no ¿vale la pena?, ¿transmite vida o indiferencia y aun sinsentido? También la desmesura tiene su enigma.

¿Y la *ilimitación*? Esa que se insinuaba en el mundo y nos proyectaba más allá de él, en dirección al infinito, ¿no estará sólo en nuestros ojos? Porque son ellos los que la filtran. ¿La perciben o la crean? Y es que la realidad total es mucho menos objetiva, más relacional de lo que parece. Por eso, porque mundo y hombre existen en mutua referencia, me pareció tan distinta la maravillosa bahía de Río de Janeiro cuando la vi desde el Corcovado a la misma hora, a la misma luz, con los mismos ojos, pero en días distintos: aquel, lleno de expectativas ilusionadas, en que llegamos a Brasil, y aquel otro en el que me acababan de notificar la muerte repentina de mi madre en la lejana España, y mis compañeros creyeron que aquel panorama único me distraería.

Mantengo lo que antes dije: no hemos de permitir que la totalidad del ser se anegue en nuestro pequeño vaso. La bahía, la de Río, *estaba allí* y no era igual que cualquier otra; para los que a mi lado la contemplaban seguía siendo maravillosa. No defiendo por ello un subjetivismo total que contradiría mi aseveración anterior de que el hombre no crea sino descubre el portento de la naturaleza. Pero, dada la interrelación entre ambos, el enigma humano de que habla la *Gaudium et Spes* entenebrece a ratos el universo entero y amenaza con desactivar su oferta y sus promesas.

¿Acabará la vida en el cosmos no ya en regalo, sino en pregunta?, ¿no habrá modo de entenderla de manera que se aclaren a una su magnificencia y su fragilidad?, ¿no habrá algo mayor que ella, que constituya al mismo tiempo su razón de ser? Pienso que sí, pero lo hago ya no simplemente como hombre (habría llegado al límite) sino como creyente. Por eso a continuación dejaré hablar en mí a la teología cristiana.

Relectura cristiana de la vida del cosmos

CUANDO un hombre se encuentra con Jesús de Nazareth no sólo tiene la impresión de haber hallado la perla más preciosa del universo; siente además que en él se refleja todo de un modo nuevo y adquiere una extraña luminosidad.

Lo primero que encontramos en sus labios es la palabra «Padre» dirigida a Dios. Eso significa que para él todo proviene de una infinitud positiva y amorosa que lo abarca y dirige; que todo empieza en bien y

terminará en bien y, por tanto, que la muerte nunca podrá con la oferta que la vida es. Y hay que notar que esa palabra (Padre) sigue en sus labios cuando el sol se oscurece y él agoniza en un patíbulo. Es una afirmación contrastada y sostenida a pesar de todo, una apuesta a la que la resurrección dará la razón definitiva. La naturaleza resulta así ser una oferta *últimamente* no amenazada.

Cuando a ese Padre Jesús le llama «Señor de cielo y tierra» (Mt 11, 25) da respuesta además a aquel que llamamos enigma último de la realidad: ¿por qué hay ser y no nada? Lo hay porque Dios así lo ha querido, porque *El dio* el ser y la vida. Ese querer de Dios no es uno de los eslabones de la cadena de causas y razones de las cosas, sino precisamente la razón de que ella exista y tenga sentido. Y tampoco se puede ir más lejos y preguntar por qué razones quiso Dios que hubiera mundo. No existen, replica Agustín de Hipona; si las hubiere serían mayores que esa libertad ya que ésta tendría que atenerse a ellas. Pero nada hay mayor que esa libertad. Por ello, añade, reprímase la temeridad del hombre y no pregunte por lo que no existe no sea que deje de ver lo que existe. Y concluye: si alguno quiere conocer la voluntad de Dios, hágase su amigo (12). No es con requisitorias pretenciosas a la libertad divina, sino con-sintiendo con ella como mejor nos adentraremos en la verdad última de todo.

Ahora bien, si es una libertad amorosa la que está por detrás de todo, si hay unas manos paternas por debajo de las cosas, el mundo es indudable y plenamente una *oferta*. No sólo es algo que *se da*, que está ahí, sino algo que *se nos da*. Es algo *dado* en el pleno sentido de la palabra.

Cuando el hombre encuentra a Jesús sabe aún más. No sólo entiende que hay un sentido último y positivo en todo, sino que él, Jesús, es ese sentido, ese *Logos* por quien, hacia quien y en quien todo ha sido hecho. Esto constituye la novedad del *Nuevo* Testamento. Lo que este descubrimiento significa para nuestro tema es decisivo. Porque no sólo explica que el cosmos sea una oferta, sino que explica cómo lo es. No cabe ni hace falta explicarlo ahora largamente. Bastará con evocar los tres epítetos con los que he descrito la vida de la naturaleza (desmesurada, insinuante, infinita), y glosarlos desde Cristo.

¿Por qué es últimamente *desmesurada* esa oferta de vida? Porque forma parte de la enormidad del don que Dios nos hace y que no es otro que

(12) *De Gen. c. Man.* 1, 2, 4.

su propio Hijo. «¿Cómo el que nos dio a su Hijo no nos dará todo con El?» (Ro 8, 32). Porque el Padre *enloqueció* por nosotros (si así puede hablarse y la Iglesia lo hace el Sábado Santo), el mundo, que es el ámbito y aun el cuerpo del Hijo, es una oferta *loca*. Por eso el mundo sabe a desmesura, a despilfarro, a gratuidad.

¿Por qué la vida del cosmos es una *insinuación*? Porque evoca a ese Hijo que es su razón de ser y lo transparenta. ¡Qué bien lo vieron los místicos!:

«Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,
la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora» (13).

Todo eso, dice Juan de la Cruz, es mi amado para mí.

Y ¿por qué esa insinuación es inagotable y provoca un arrebato de auténtica *infinitud*? ¿no será porque es el logos infinito de Dios el que se anuncia, trasluce y encarna en el mundo? Por eso cada realidad, sin dejar de ser ella misma, río, flor, nube, ave..., es símbolo que apunta más allá de sí; es finita y pregonadora infinitud. Por eso provoca ese estremecimiento indescriptible.

Y ¿el *enigma*? ¿por qué subsiste y es tan desconcertante y radical? Porque Ese que asoma por todo es esencialmente *misterio*. La fe no elimina los enigmas de la vida, sino que, cuando son realmente insolubles, los reconduce al misterio que es Dios mismo. Por eso nunca terminamos de entender por qué en la creación que Dios ponderó una y otra vez como buena, y aun como superlativamente buena, cuando salió de sus manos (14), hay tanto límite, dolor y muerte. Y mucho menos aún podremos llegar a comprender por qué Dios mismo se adentró en esos límites y murió como uno de nosotros. *En la cruz se halla condensado, quintaesenciado, el enigma del mundo y el misterio de Dios.*

(13) San Juan de la Cruz: *Cántico Espiritual*, canc. 13 y 14.

(14) *Génesis* 1, 4. 10. 12. 18. 22. 25. 31.

Pero también y precisamente en esa cruz, como dijimos, el que había visto la gloria de Dios en los efimeros lirios del campo, y escuchado el pregón de la naturaleza, siguió llamándole Padre a Dios. Por eso el misterio de fondo que anida en la realidad no deja de ser *positivo y amoroso*; y la oferta se mantiene en pie, desmedida e infinita. La cruz, enigma por antonomasia, no es el colapso de la vida, sino forma plena y desbordada de ella porque es amor hasta el final y sin límite, libre gesto de abajamiento y solidaridad con la pena y el límite del cosmos en orden a trascenderlos. En la cruz, y en la resurrección que le siguió, al mundo se le garantizó eternidad, vida de Dios.

Al creyente la fe le confirma y acentúa las experiencias de sentido y las promesas de vida que le transmite la naturaleza. Así al menos ven las cosas mis ojos humanos, agrandados en ojos cristianos.